

Suscripción:

En Murcia,
50 cts. al mes
Provincias,
8 reales tri-
mestre.
Pago adelan-
tado.

LA JUVENTUD LITERARIA

SE PUBLICA LOS DOMINGOS.

Año II. Murcia 17 de Enero de 1889. Núm. 8.

Anuncios.

Se reciben
en la Admi-
nistración de
este periódico
Comunica-
dos, a precios
moderados.

Anuncio-tarjeta y periódico 4
reales al mes.
Número suelto 25 céntimos.

Redacción y Administración
APÓSTOLES 11, BAJO.

Colaboradores todos los suscri-
tores.
La correspondencia al director.

La Juventud Literaria.

AMORIOS

Y CURSILERIAS LITERARIAS

Quien de Vdes. no conoce los
perniciosos efectos del amor, con
inconvenientes y todo?...

Ninguno; porque eso le sucede á
todo hijo de vecino, como diría
cualquier *escribidor* con pretensio-
nes de satírico.

Yo que en *materia* de amores
creo soy punto fuerte, y hasta casi
abrigo la pretensión de pasar por
muy ducho, he sido así como me
ven Vds. una de las tantas víctimas
inmoladas en aras de esa sublime
pasión.

El amor, es una ley natural, y
como tal, nada tiene de particular
que sea lo más natural del mundo.

También como todas las cosas
tiene sus clasificaciones ó categor-
ías.

Hay amores espontáneos, de con-
veniencia, de verdad, y hasta de
familia.

Este último, que como siempre
la parte última es la más lastimosa,
es de efectos horripilantes.

Como que de él forman parte
integrante en futuro, suegro y sue-
gra con criada inclusive.

Y si no juzguen Vds.

Yo tenía un amigo íntimo guapo
él, buen chico él, débil él, que tuvo
la fatalidad de poseer una de esas
funestísimas pasiones.

De carácter bondadoso y dotado
de un corazón sensible en demasía,
enamórase perdidamente de Josefi-
na, bella joven de diez y seis años;
se entendieron, y poco tiempo des-
pués Tarsilo, penetraba en la mo-
rada de la chica una vez adquirido
el correspondiente permiso pater-
nal.

¡Nunca que lo hubiera pensado!

Penetrar en la casa, y entrar en
el infierno todo fué una cosa.

A los pocos días mi amigo estaba
desfigurado.

Poco después desconocido.

Y últimamente, hasta creo que
envejecido y ennegrecido.

¡Como que sobre él pesaba la
carga de una familia!

La causa de su martirologio, eran
estas u otras parecidas escenas.

El.—Llegando—Buenas noches
señores.

Ella.—Gracias á Dios!... ya pa-
reció aquello!... creíamos que no
vendrías, y la mamá ya estaba de-
sesperada.

—Si, en efecto—replica la mamá
interviniendo como siempre—temi-
mos hubiese usted tropezado con...

—Vamos... algún mal enuen-
tro, ¿eh?—añade el papá que ha
sido de caballería y con más inten-
ción que un Miura.

Y así sucesivamente, entre la
mamá y el papá ó vice-versa, pasa
el infeliz amante las horas enteras,
sin poder dirigir ni una palabra si-
quiera á su adorada Josefina.

En cambio los papás están llenos
de satisfacción.

Tarsilito también lo está... de có-
lera y de tragar saliva.

O bien.

Ella.—Mirándole con amor—¿Me
quieres Tarsilito?

El.—Poniéndole en la boca un
pedazo de pastel—¡Que si te quie-
ro!... ¿Y me lo preguntas? ¿pues
no sabes que...

La mamá.—(¡Siempre la ma-
má!) Qué, ya se ha cenado don
Tarsilo?

—¡Nó! — responde interrumpiéndose y contestando con voz irri-
tada á la cargante mamá.

¡Que tal digiste desdichado!

La niña que en su entusiasmo no
observa la ineportuna pregunta de
la mamá, pues que en aquellos

mómentos no tiene ojos ni oídos
más que para el objeto de su amor,
al escuchar el ¡Nó! con que Tarsilo
contesta á esta, cree ¡oh fatalidad!
que ese ¡no! es el final de la anhela-
da contestación de su Tarsilito... ¿y
figúrense ustedes lo que sucedería?...
lanza un grito (en cuanto el pastel
que tenía en la boca se lo permite),
oscurecen sus ojos, y por fin, pre-
sa de horribles convulsiones cae al
suelo desmayada (sin arrastrar en
su caída ni siquiera al indispensable
quinqué.)

¡Aquí fué la gorda!

El padre acude presuroso en ayu-
da de su accidentada hija pidiendo
vinagre con atronadoras voces.

La madre, que con el aturdimien-
to ha perdido de cuenta donde se
halla la cocina, va y viene de aquí
para allá haciendo el dúo á su mari-
do y tropezando con cuantos objetos
encuentra á su paso.

Y Tarsilito, que en medio de tal
confusión no acierta á compren-
der... acierta en cambio con la
puerta, y poniendo piés en polvo-
rosa escapa con el sombrero sin que
los transeúntes le tomaran por un
loco como al revés diría cualquier
novelista de á cuartillo de real la
entrega.

¡Y todavía hay por esos mundos
quien canta á voz en cuello las ex-
celencias del amor!

Por lo demás, yo que no quiero
mal á nadie, y menos á ustedes si-
quier sea en agradecimiento á que
tienen el valor de leerme, no les de-
seo más que, si algún día se enamo-
ran, sea un amor como el que nos
pinta Lauri... sin adulteraciones.

Miguel Agullo.

PROMESAS DE CASAMIENTO

Es curiosa hoy con las costum-
bres modernas la manera con que